

Viaje por Grecia de la mano de un poeta.

En Grecia la belleza no aturde con su estruendo, como en Italia, y se necesitan "sentidos mejores" para penetrar su temible magnificencia, no sólo en los restos del pasado, sino en las calles de la Plaka, en los pueblos que van hacia Delfos, en las paameas islas. Quizás el mejor instrumento que tira de esos sentidos mejores es la poesía; por eso no es raro que un poeta sutil en quien la vigencia de los más especiosos productos de la cultura nada resta de su contacto vivo con las realidades más cotidianas, sea capaz de ofrecernos un cuadro de pintoresca seducción con su viaje a Grecia.

En su libro (*) Jaime García Terrés se propone fundamentar aquel fogoroso de su primer contacto con Grecia, contando con veracidad sus experiencias de turista, mostrando cómo remueven una visión cultural previa y cómo la realidad suscita un mundo de prestigiosas sombras artísticas a la vez que crea nuevos cuerpos del arte. Un estilo llano, un tacto escuto y sensible, una percepción siempre pronta para lo insólito y para lo hermoso, hacen que su libro sea, sin proponérselo, una introducción a Grecia.

En su maleta de viajero van los libros consultados: *El colono de Marussi* de Miller, los volúmenes de Dawrell, el de Mónica Graniski, algún estudio sobre una realidad social que el turista apremiado no llega a medir, y, desde luego, el repertorio de citas famosas,

de los clásicos a hoy, porque hay pocas tierras tan bolladas por la cultura. Pero esa pequeña biblioteca viajera que se enriquece con algunos volúmenes de poesía griega moderna, no impide nunca la visión fresca, alerta, de las cosas, y al contrario, pone alrededor de ellas un resplandor mágico.

Confieso que el libro me enternece de un modo muy particular, porque comparto la admiración —mejor sería decir la alegría— que esa tierra inspira a García Terrés; a cada episodio, a cada lugar, redescubro lo vivido agregándole algunos arabescos personales. Pero esto es también virtud del libro: otros narradores no son capaces de hacer un sitio en sus páginas a los restantes viajeros, permitiendo que los acompañen en la recorrida, y se produzca de autor a lector un cruce vertiginoso de réplicas mientras se va descubriendo una tierra honda y admirable.

Me gusta cómo ha construido su libro García Terrés; me gusta que las estatuas y las ruinas estén rodeadas de las mil pequeñas anécdotas de la vida cotidiana, del "Kalimera" cordial, de la ceremonia de la toma del café, del hablar inagotable de los griegos, de los vendedores de esponjas; me gusta que su viajar sea simultáneamente sobre una tierra y sobre una cultura, y que la poesía acuda vez tras vez saltando sobre los días y los objetos que encuentra; me gusta que vaya a la librería *Eleftheroudakis* [tan bien surtida] y se esfuerce por leer a los poetas en su lengua; me gusta que acompañe su libro de una brevísima antología con Seferis, el impostergerable Kavafis, Elytis; me gusta que junto a las fotos agregue un menú, la entrada a un museo, el boleto para Epidauró. Es recomponer la realidad tal como se produce, en su sucederse menudo y feliz.

Para quienes visitaron Grecia, este libro es fuente de alegres recuerdos; para quienes todavía no la conocen un fuerte incentivo para agregarla en el itinerario del viaje a Europa.

A. R.

(*) JAIMÉ GARCÍA TERRÉS: *Grecia, 60, poeta y verdad*. México, Era, 1962. 102 ps.